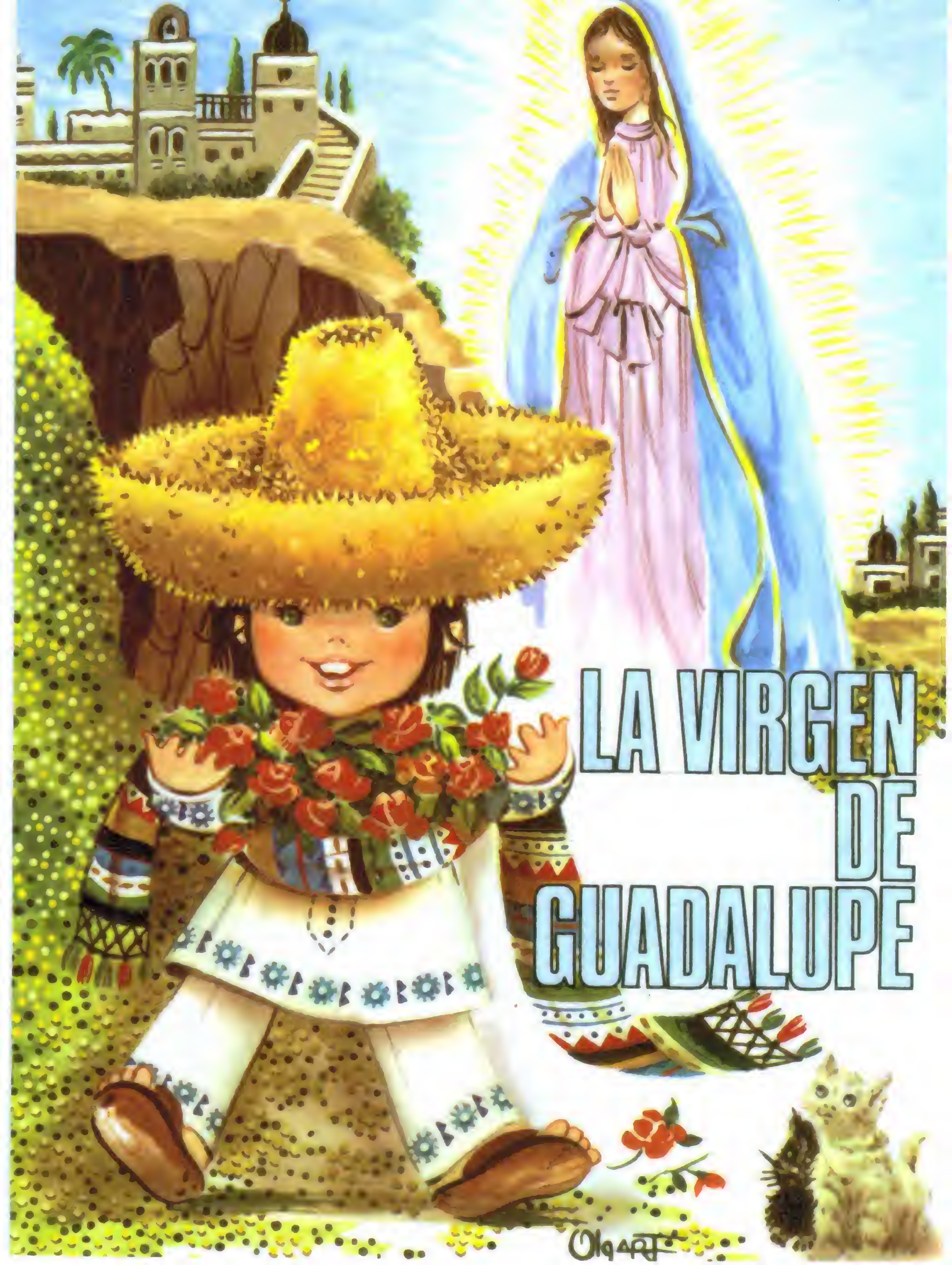
LA VIRGEN DE GUADALUPE



LA VIRGEN DE GUADALUPE

ANDRÉS CODESAL MARTÍN

Ilustraciones de OLIGART

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Un indito convertido a la religión cristiana, amaba mucho a la Santísima Virgen y tenía la costumbre de oír misa los sábados en su honor.

El día 9 de diciembre de 1531 era sábado, y el indito, desde su aldea, se dirigía a la capital de Méjico para oír misa, cuando de improviso, en el medio del campo solitario percibió un sonido maravilloso de una música armoniosa y dulce que no se parecía a nada de este mundo.

»¿Qué oigo? ¿De dónde puede venir esa música tan arrobadora?» —se dijo—. El eco de las montañas devolvía el sonido y lo hacían aún más maravilloso. Y cuando, sorprendido, levantó los ojos hacia el sitio donde provenían aquellas armonías, se maravilló con la brillantez de una luz celestial que despedía rayos de todos los colores.

El indito quedó atónito y extasiado en aquel lugar, sin moverse, sintiendo una inefable dulzura, como si estuviera en la gloria.

«¿Qué es ésto? ¿Dónde estoy? —se preguntaba— ¿Acaso es esto el Paraíso?»

De repente cesó la música, y una voz que parecía de mujer salió de una nube resplandeciente y celestial. Con inefable dulzura oyó que le llamaron por su nombre y le dijeron que se acercara. Juan Diego, que así se llamaba el indio, sin dudarlo un momento, lleno de emoción, corrió presuroso hacia la colina donde salía la voz.

Al llegar Juan Diego a donde estaba la nube, junto a la colina, se encontró con una Señora de tanta belleza que parecía una divinidad. Sus vestidos resplandecían tanto que, de la luz que despedían, las rocas parecían oro y todo el suelo diamantes y piedras preciosas.

Entonces, la maravillosa Dama, mientras sonreía bondadosa, dijo a Juan Diego:

«Juan, hijo mío queridísimo, ¿adónde vas por este camino?»

—«Voy a oír misa en honor de mi Señora»—, le contestó el indio, mientras la contemplaba extasiado.

—¡Oh, hijo mío querido! —añadió la celestial Señora—, quiero que sepas que soy la Virgen María, Madre del Dios verdadero, Creador de todas las cosas. Y quiero que se me haga una iglesia en este lugar; porque desde aquí, yo, tu cariñosa Madre, quiero ser la Madre de todos los indios y escuchar sus peticiones. Desde aquí quiero escuchar generosa los ruegos de todos los indios que me invoquen, y atenderlos en sus necesidades».

Deslumbrado por tanta belleza, el indito estaba absorto, mirando y escuchando a la Señora, mientras Ella añadía:

—«Querido hijo mío: Vete a buscar al Obispo de Méjico, y dile que Yo te envío para expresarle mi voluntad de que deseo me erijan un templo en este lugar».

El indito, puesto de rodillas e inclinando su cabeza, respondió:

—«Sí, mi noble Señora: yo soy vuestro siervo y haré todo lo que me ordenéis».

Juan Diego no se creía digno de tanto honor, pero obedeció fervoroso a la Reina del Cielo y como Ella le había ordenado, fue a Méjico a pedir audiencia para hablar con el Señor Obispo.

Cuando Juan Diego llamó a las puertas del palacio, le atendieron unos criados del Obispo, pero creyéndole tal vez un loco por las cosas que decía haber visto, le trataron amablemente, pero no le dejaron pasar.

El indito no se impacientó, y sentado en el suelo a las puertas del palacio, esperó todo un día para ver si le dejaban pasar y podía cumplir el encargo de su amada Señora.

Impresionados los criados de la constancia del indio, se lo dijeron al Obispo, el cual sintió curiosidad por conocer su historia y lo mandó pasar.

Entonces el indio contó toda la historia, que el Obispo escuchó con atención; pero creyendo ser fantasías del recién convertido, le despidió amablemente, diciéndole que volviera otro día.

Juan Diego volvió a su aldea, y al pasar cerca de la colina la Señora lo estaba esperando.

—«Queridísima Señora mía» —dijo Juan Diego a la Virgen— he hecho todo lo que me habéis mandado, pero creo que no me han creído. Os ruego, Señora mía, que mandéis a otra persona de más prestigio y categoría que yo. Ya veis que yo no soy más que un pobre indio rústico y despreciable que no inspiro confianza y nadie me quiere creer».

A las humildes palabras del indio contestó la Santísima Virgen:

—«¡Oh, hijo mío querido! Me sobran en el mundo personas de prestigio y categoría que harían gustosas este favor; pero es conveniente que seas tú, el más humilde de mis servidores, el encargado de esta misión. Te ruego, pues, vuelvas mañana a ver al Obispo a repetirle que Yo, la Madre del Dios verdadero, quiero que me construyan una iglesia en este lugar».

Obediente Juan Diego a las palabras de la Señora, al día siguiente volvió de nuevo a importunar a las puertas del palacio episcopal, y una vez en la presencia del Obispo, con lágrimas en los ojos, le contó cómo por segunda vez había visto a la Señora, y el encargo que le había hecho.

El Obispo esta vez le escuchó con mayor atención, y después de haberle hecho muchas preguntas, dijo al indio que tenía que pedir a la Señora una señal de su autenticidad, y que una vez obtenida volviera a verle.

Después le despidió muy amablemente, y sin que Juan Diego se diera cuenta, ordenó a dos de sus criados que le siguieran y vigilasen.

Pero al pasar el puente que cruza el río que hay junto a la colina, desapareció súbitamente de la vista de sus observadores, y por más que le buscaron no pudieron hallarle.

Mientras tanto, Juan Diego había seguido su ruta. En lo alto de la colina la Virgen le esperaba. Después de una profunda inclinación, el indio le contó el resultado de la audiencia, y cómo le había pedido que para demostrar su veracidad debería presentar un signo que no diera lugar a dudas. Entonces dijo la Virgen:

—«Vuelve mañana a este lugar y Yo te daré ese signo».

Pero al día siguiente Juan Diego no apareció. El motivo fue que su tío con quien él vivía y a quien quería como a un padre se había puesto enfermo muy grave y creía que se moría.

Aquel día lo utilizó en buscar un médico y atender a su tío; y al día siguiente, muy temprano, marchó a Méjico a buscar un sacerdote para que le administrara los sacramentos antes de morir.

Juan Diego marchó con mucha prisa a buscar al sacerdote, dando un pequeño rodeo para no pasar por la colina donde estaba la Bella Señora, para que no le entretuviera, porque su tío estaba en peligro de morir sin sacramentos. Pero la Santísima Virgen, saliéndole al encuentro le dijo:

—«Querido hijo mío: ¿adónde vas por este camino?»

El indio quedó confuso y enseguida contestó:

—«Mi querida Señora: voy corriendo a Méjico a buscar un sacerdote, porque mi tío se está muriendo».

Pero la Virgen le dijo, bondadosa:

—«Querido hijo mío: no te aflijas ni te preocupes por tu tío. ¿No estoy Yo aquí para ayudarte? ¿No estáis bajo mi amparo y protección? ¿No soy Yo la vida y la salud? No tienes nada que temer. Tu tío no morirá de esta enfermedad. Ahora mismo ya está completamente bien».

Dieguito quedó con esto tan contento y consolado que dijo a la Señora:

—«Señora mía y Madre mía: mandadme lo que queráis, que yo lo haré».

—«Sube, hijo mío, a lo alto de la colina y tráeme las flores que allí encontrarás».

Dieguito sabía que allí arriba solamente había rocas; pero obedeciendo al mandato de la Virgen subió corriendo, sin vacilar. ¡Cuál no sería su asombro cuando llegó al lugar y se encontró entre las rocas con un lindo rosal cargado de preciosísimas rosas! Lleno de alegría las cortó y volvió con ellas donde estaba la Señora.

Entonces le dice la Virgen:

—«Envuélvelas en tu capa y vete a llevárselas al Obispo, como señal de que Yo soy la Madre de Dios. Cuando las vea él te creerá».

El indito hizo a la Señora una profunda reverencia, y marchó feliz y seguro de que con aquel testimonio ya lo iba a creer.

Llegando al palacio episcopal, tampoco esta vez lo dejaban pasar; pero al observar el bulto que llevaba y el perfume de las rosas, quisieron quitarle alguna; pero su sorpresa fue tremenda cuando al meter la mano en la capa, se encontraron con el vacío, no hallando las rosas, como si hubiesen desaparecido.

Atónitos por el suceso, fueron a contárselo al Obispo que lo mandó pasar deseoso de ver aquel milagro.

Pero el milagro que presenció fue todavía mayor, porque no solamente vió que las rosas estaban allí, frescas y fragantes, con delicioso perfume, sino que al abrir la capa y caer las rosas a sus pies, descubrió en la capa del indio el mayor de los milagros: una bellísima imagen de Nuestra Señora que dejó estupefacto incluso al indio, que la traía sin saberlo.

Tomó el Señor Obispo con todo respeto a la milagrosa imagen, y después de haberla venerado en presencia de todos los de la casa, la llevó a su capilla particular, dando gracias a Dios y a su benditísima Madre.

Pero al correrse la noticia, todos querían verla y venerarla, por lo que fue preciso empezar rápidamente la construcción del templo para Ella en el mismo lugar que Ella señalara, donde con gran devoción de todos los mejicanos fue venerada y desde donde Ella empezó generosa a repartir sus gracias con todos los necesitados.

Delante de su altar todos los niños se sintieron hermanos: indios y blancos y todos los cristianos somos hijos de la misma Madre, que desde el cielo nos protege a través de su bella imagen.

A Juan Diego, el indio que vió a la Virgen y le mandó que fuera al Señor Obispo y le dijera que Ella quería que le construyeran un templo en Guadalupe, el papa Juan Pablo II lo ha canonizado en el año 2002 y desde esa fecha es reconocido como verdadero Santo.

San Juan Diego de Guadalupe ruega a Jesús y a María por nosotros.

Cuando se terminó el Templo de Nuestra Señora de Guadalupe, todo el pueblo de Méjico celebró una gran fiesta, y todos los niños y mayores fueron en procesión acompañando al Obispo, que llevaba al Santísimo bajo palio para el día de la inauguración.

También ahora acuden personas de todo el mundo a visitar a la Virgen en su altar, y Ella, generosa, a todos escucha, cumpliendo la promesa que un día hizo a Juan Diego.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 978-84-770-263-4. Depósito legal: M. 29.866-2009. Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

ISBN: 978-84-7770-263-4